

Ana Gabriela Cancino Torres

Cuentos de miedo de Huauchinango, Puebla



Ilustraciones

Andrea Itzel Rivas Martínez



**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. México

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional de los
Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio Cultural,
Investigación y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social

Cuentos de miedo en
Huauchinango, Puebla

Ana Gabriela Cancino Torres

Ilustraciones

Andrea Itzel Rivas Martínez

Corrección de estilo

Liliana Flores Estrada

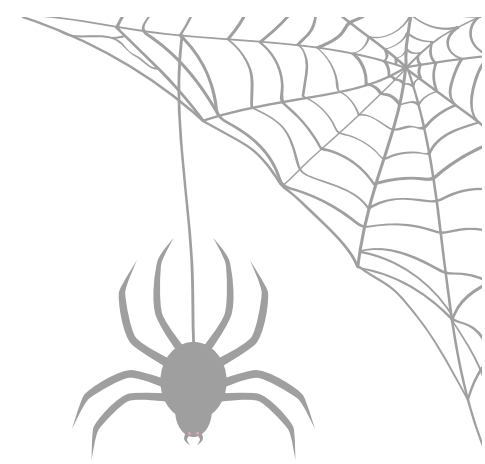
Coordinación / Edición

Norberto Zamora Pérez

México, 2020

Índice

Introducción	1
El hombre sin cabeza	3
La Llorona	7
El hombre que no festejó Todos Santos	12
Tres bolas de fuego	17
La cripta	21
La Llorona entre la milpa	24
La mirada pesada	29
La cueva del Diablo	34
Los Cristeros	41
La casa de la calle Hidalgo	44
La Llorona en Nuevo Necaxa	49
El Diablo en Nuevo Necaxa	52
La Llorona moderna	56





Ana Gabriela Cancino Torres

Nació el 8 de julio de 1983 en la Ciudad de México. Estudia la licenciatura en Creación Literaria en la UACM, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, en el Plantel del Valle. Ana Gabriela prefiere escribir cuentos, pero sueña con realizar una novela y hacer cortos o películas.

INTRODUCCIÓN

Este libro consta de trece cuentos basados en relatos del estado de Puebla: diez pertenecen a Huauchinango y tres a Nuevo Necaxa. Algunas de las historias fueron narradas por los nietos o bisnietos de las personas que las vivieron y otras fueron contadas por los protagonistas de las mismas.

Los cuentos tienen como base: leyendas de las regiones, del país, creencias o hechos históricos. Como ejemplo de una leyenda está la Llorona, este ser fantasmal tan arraigado a nuestra cultura mexicana está presente en las dos regiones y en ambas se mantiene la relación del agua con el ente, la búsqueda de sus hijos o la sustitución de ellos y la venganza hacia los hombres. Como parte de las creencias hay un relato en donde se da una explicación a la mirada pesada que poseía un hombre. También podemos encontrar experiencias con el Diablo y espectros relacionados a momentos históricos como la Cristiada, siendo estos cuentos una pequeña muestra del nutrido folclor que hay en nuestro país.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la amabilidad y la confianza de las personas que compartieron sus terroríficas vivencias conmigo o que me hicieron el gran favor de contarme las historias de sus abuelos o bisabuelos. Sé que hicieron un gran esfuerzo para dedicarme ese tiempo. Sin ustedes este libro no habría sido posible.

Si debo de ser sincera, este no es solo un libro de historias de Huauchinango, es un libro para mi familia. Ellos fueron el motivo para hacer este proyecto. Le agradezco en especial a mi tía Guadalupe Torres Díaz y a mis primos: Zoraida, Ivette, Rene y Gerardo, sin su apoyo no habría sido posible la recopilación de los relatos, sin mencionar el tiempo que dedicaron a contestar todas mis dudas, que en muchas ocasiones realicé a deshoras.

A mis amigas, muchas gracias por estar ahí, por apoyarme, por leerme y darme sus opiniones. A mi mamá gracias por acompañarme, por sostenerme, por alentarme y estar en mi vida, a ustedes les debo todo lo que soy.

A horizontal, irregular brushstroke in a vibrant orange-red color, serving as a background for the title text.

EL HOMBRE SIN CABEZA

El hombre sin cabeza

Se dice que una noche de lluvia, de esas que son tan comunes en Huauchinango, un arriero que no traía consigo más que su ropa, puesto que el sombrero, el morral y el machete los había olvidado en el lugar de donde venía. Andaba a paso lento por el camino que lleva al Sifón. Venía algo tomado, tal vez por eso o por el lodo y las hojas mojadas, le costaba trabajo avanzar. No era la primera vez que hacía ese recorrido, pero sí la primera que lo hacía de noche. Lo que en el día era un sendero iluminado por el sol que se colaba entre las hojas de los árboles y pinos se transformó en una vereda oscura.

Tan silencioso era el camino que se podía escuchar con claridad como caían las gotas de lluvia. La neblina empezó a bajar, dificultándole, primero, la vista a lo lejos y en un par de pasos ya era una niebla que no le dejaba ver a más de un metro de él. Siguió caminado y dando traspiés entre la borrachera, la lluvia y la poca visibilidad. Entornaba los ojos buscando el camino, veía hojas, lodo, piedras y a lo lejos unos pies. Levantó la vista esperando ver a una persona, pero sólo se topó con una sombra. No había otro hombre vivo ahí y ninguna luz que la produjera. Puso más atención y notó que no estaba reflejada en el piso, estaba parada frente a él y era tan sólida como lo era él, pero a diferencia del arriero, la figura no tenía cabeza.

Recordó lo que otros arrieros y lugareños le habían contado, que en ese camino se aparecía un hombre sin cabeza. Decían que el hombre había

muerto en una pelea con machetes. El motivo de la riña cambiaba, algunos decían que había sido por una mujer, otros que el dinero era el culpable. En lo que todos estaban de acuerdo era en que si se llegaban a topar con el hombre sin cabeza había que ser un buen corredor o muy hábil con el machete, pues el fantasma atacaba a los desafortunados a machetazos; pero, el arriero no creía en esas cosas, por eso, aquella noche no le había importado tomar ese camino.

Al estar frente al hombre sin cabeza y sin un machete para defenderse, el arriero salió corriendo. Deseaba ser más rápido que el fantasma, pero no recorrió mucho tramo cuando un golpe en la espalda lo tiró. Estando en el piso sintió un segundo golpe, luego un tercero, quería levantarse, pero un cuarto y hasta un quinto machetazo se lo impidió. Dejó de intentar incorporarse y empezó a rezar. La fuerza de los golpes disminuía conforme avanzaba en la oración hasta que el ataque paró. Se quedó boca abajo en el lodo unos minutos, sin dejar de rezar, hasta que el miedo lo dejó darse cuenta de que el hombre sin cabeza había desaparecido. El camino estaba iluminado por la luz de la luna, las gotas de lluvia se escuchaban al caer y la niebla se había desvanecido.

La espalda le ardía, la imaginaba roja, floreando cual rosa. Como pudo llegó a su casa, entró gritando, despertó a su mujer, quién sin entender lo que pasaba intentó calmarlo; pero el arriero, desesperado, le pedía que viera su espalda. La mujer lo revisó, pero no encontró más que unos arañazos. Cuando él le contó lo que le había pasado, ella le dijo que pusiera en el lugar donde lo había atacado el hombre sin cabeza, una cruz, echara agua bendita y en Todos Santos le prendiera una veladora. Dicen que el arriero así lo hizo hasta su muerte, muchos años después.



A horizontal, irregular brushstroke in a vibrant orange-red color, centered on the page. The stroke has a textured, painterly appearance with some darker and lighter areas.

LA LLORONA

La Llorona

La leyenda de la Llorona es muy conocida en México y cambia de lugar en lugar. Algunos dicen que es la Malinche, otros que era una mujer de pueblo. Lo que no cambia es que ella se aparece penando por los ríos, buscando a sus hijos, a quienes ahogó por una decepción amorosa. Debido a que, en el municipio de Huauchinango, Puebla, y en sus alrededores hay muchos ríos, es común escucharla o verla en las noches.

Se dice que, por las apariciones de la Llorona, los arrieros procuraban no andar de noche cuando cruzaban toda la Sierra con sus animales para llevarlos a pastar o a vender a otras comunidades. Pero un día, un joven arriero ignoró las advertencias. Venía de regreso con sus animales y su caballo, cuando se encontró con una mujer, vestida de blanco, con el pelo negro que le cubría la cara, sentada en una piedra entre los árboles. Al acercarse, escuchó que la mujer lloraba, así que le pregunto si necesitaba ayuda, pero ella no contestó solo dejó de llorar y asintió con la cabeza. Entonces, el joven quiso saber si estaba perdida o herida, pero ella únicamente decía que no con la cabeza.

El arriero se quedó callado un momento, pensando en qué era lo que necesitaba la joven. Se le ocurrió que, si le daba una varita, tal vez, ella podría escribir en la tierra lo que quería. Tomó una rama seca del piso, extendió su mano y antes de tocarla, la mujer se levantó y caminó hacia el caballo. El muchacho le

preguntó “¿Quieres que te lleve a mi casa?”, ella le dijo que no con la cabeza. Así que el joven le hizo otra pregunta “¿Quieres que te lleve a tu casa?”, en ese momento, ella asintió. Entonces, el joven la ayudó a subir al caballo, el cual se inquietó un poco al sentirla. Ella montó con las piernas hacia un lado, como lo hacían antes las mujeres, y empezó a guiar al caballo y al arriero con sus animales.

Una ligera llovizna empezó a caer. Entre más avanzaban, el arriero reconocía menos el lugar. Pensó que, tal vez, estaba confundido por el cansancio, la oscuridad o que ella lo estaba llevando por un nuevo camino, uno que a él se la había pasado, pues conocía, o al menos eso creía, a la perfección los alrededores de Huauchinango. Quiso poner atención a los árboles de la vereda para no perderse al regresar, pero lo distraía la joven. La llovizna empezaba a caer con más fuerza y en los hombros de la mujer se empezaba a transparentar el vestido. El joven se imaginaba que debajo de ese cabello negro debía haber una hermosa cara. Por lo que se puso a platicar para conquistarla, pero ella no contestó. Siguieron así durante el camino, él contemplándola y ella en silencio bajo la lluvia.

Entre más fuerte llovía, más se le transparentaba y se le pegaba el vestido a la mujer. La silueta que se podía ver por la luz de la luna le parecía hermosa al joven. Estaba entretenido viendo como la espalda se acertaba al llegar a la cintura cuando ella detuvo el caballo y se bajó de él. El arriero le preguntó si ya habían llegado, pero ella sólo caminó. Él se quedó parado sin saber si seguirla o marcharse, la llamó una vez,



pero ella siguió sin responder sólo le hizo un gesto con la mano como llamándolo. El joven acomodó a sus animales en un lugar donde no se mojarán tanto, amarró el caballo a un árbol y fue detrás de la chica.

Ahora podía admirar mejor el cuerpo de la mujer. Su espalda se trazaba en armonía con su cintura y en balance con las caderas que terminaban donde empezaban unas piernas que no había podido ver durante el camino y que solo fue posible hasta que bajó del caballo. Todo lo que veía de ella le parecía perfecto, se sentía tan afortunado por haberla encontrado. Estaba seguro de que si lo estaba invitando a seguirla era porque había logrado conquistarla. Se decía a sí mismo que no habría una mujer así en otro lugar y que él había encontrado una joya entre la sierra.

Se dice que cuando el arriero quiso tocar a la joven, ella volteó y en lugar de un hermoso rostro, tenía cara de caballo. Algunos otros dicen que tenía cara de perro, pero todos coinciden en que, del susto, el arriero quiso correr, aunque no pudo porque estaba en un río con el agua hasta los hombros. Intentó nadar de regreso a la orilla, sin embargo, la corriente era tan fuerte que no lo logró y el joven arriero murió ahogado.

A horizontal, irregular brushstroke in a vibrant orange-red color, serving as a background for the title text.

EL HOMBRE QUE NO
FESTEJÓ TODOS SANTOS

El hombre que no festejó Todos Santos

En la comunidad de Cuacuila, en el municipio de Huauchinango en Puebla, vivía un hombre que solía gastar todo su dinero en la pulquería y en apuestas. Mientras que su esposa, para poder tener algo de comida en casa, se veía en la necesidad de pedir constantemente a los vendedores del mercado que le fiaran los alimentos y para saldar sus deudas les lavaba y cosía la ropa a otras mujeres de la comunidad.

Cada año, cuando se acercaba el día de Todos Santos, ella guardaba entre su ropa limpia un poco de dinero muy bien dobladito para que no hiciera bulto para comprar más cosas que poner en la ofrenda para sus muertos. Si bien, su esposo no daba casi nada, al menos cada año contribuía con algunas monedas. Ese año el hombre había apostado mucho más de lo que podía pagar. Sabiendo que se acercaba la fecha de Todos Santos y que tendría que dar dinero para poner algo en el altar le dijo a su esposa:

— Yo pienso que este año no vamos a festejar, ¿qué nos puede suceder?

—Pero, ¿qué no te das cuenta que otras personas ya están comprando sus petates, sus ollas, chiquihuites, ayates y otras cosas para la celebración? Es para tus padres, tus abuelos.



En ese momento, al hombre le preocupaba más lo que podría suceder con los vivos que con los muertos, así que hizo caso omiso al reclamo de su esposa. En el pueblo, era bien sabido que a los hombres a quienes les debía dinero no eran nada comprensivos. Se decía que habían matado a un desdichado que no pudo saldar su deuda. Así que sin tener a quien recurrir y con poco tiempo para juntar la cantidad que debía pagar, pensó que la única solución sería irse del pueblo. Esperó a que su esposa se fuera al mercado, buscó un costal y empezó a sacar su ropa. Revolvía y aventaba ropa, sin saber exactamente donde estaba acomodada, pues su mujer era la encargada de esa labor. Él solo se vestía con lo que ella le dejaba en la cama.

Entre tanto desorden, al sacudir unos vestidos de su esposa, salieron volando unos paquetitos, que no los habría tomado de no ser porque el color y las figuras que en ellos se alcanzaban a ver se le hicieron conocidos. De modo que los juntó y con gran alivio observó que era dinero, no el suficiente para pagar, pero sí le pareció el necesario para huir. Metió sus cosas al costal, tomó su machete, recogió un poco de ocote para hacer fuego en la noche y se fue.

Al llegar a su casa, la mujer se encontró con la ropa tirada, sin dinero y sin marido. Juntó su pena mientras juntaba la casa. Pasaron los días, llegó la celebración de Todos Santos, en todas las casas hacían moles y ponían ofrendas. Ella, con el poco dinero y la alegría que pudo juntar, puso un altar; modesto, pero con devoción. Mientras que el hombre, ya bastante lejos del pueblo, sólo les prendió un pedazo de

ocote a sus padres y abuelos. Se acostó a dormir cerca de una milpa y, ya entrada la noche, escuchó los pasos de todos los fieles difuntos que llevaban cargando las ofrendas con que los habían festejado. Entre la procesión, vio a sus familiares que solo llevaban el pedazo de ocote.

El hombre sintió mucha pena y quiso esconderse, pero ya era tarde, sus padres y abuelos lo habían visto, lo rodearon y, por coraje, le llenaron el cuerpo de piquetes con el palo de ocote. A los veinte días encontraron su cuerpo todo picoteado. Se lo llevaron a la ahora viuda, quien en el día de Todos Santos le ponía un poco de pulque y un pedazo de ocote en la ofrenda.



TRES BOLAS DE FUEGO

Tres bolas de fuego

Una noche, como a las doce o una de la mañana, venía llegando un petrolero a su casa. Habría podido llegar más temprano a su hogar, pero un imprevisto en su guardia lo demoró. Los compañeros con quienes se regresaba, hace horas se habían ido, así que caminó desde Catalina, donde se encontraba el centro de bombeo y oficinas de PEMEX, hasta la calle Matamoros, en donde vivía.

Una vez en casa, cansado, fue a la cocina a calentar un poco de café. Su mujer preparaba todas las tardes una olla. Él, junto a su esposa e hijos acostumbraban tomarlo desde que estaba listo hasta antes de irse a dormir. Puso a hervir un poco, lo sirvió en una taza, dio unos sorbos y subió. Entró sin hacer ruido a los cuartos de sus hijos, los encontró dormidos. Luego llegó al suyo, donde su esposa hacía lo mismo, dormir. Salió al balcón, puso su café en el borde y encendió un cigarro. Miró las casas de adobe con techos de teja de sus vecinos y luego hacia los cerros que rodean Huauchinango. Del más alto, el Zempoala, vio que salían tres bolas grandes de fuego queque, dando vueltas en el aire, como si rodaran, fueron a parar en el techo de una casa de La mesita, un barrio a las orillas de Huauchinango.

Quedaron las bolas suspendidas un momento en el techo y luego desaparecieron. El petrolero fijó la vista, intentando descubrir que las había hecho o si era su cansancio el que lo había engañado. No pasó mucho tiempo

cuando vio, de nuevo, las bolas, donde las había perdido. Desde el techo de la casa de La mesita, donde se habían desaparecido, dieron vueltas en el aire hasta quedarse quietas en el techo de una casa en la calle 20 de noviembre. Al tenerlas un poco más cerca, pues desde una calle hasta la otra sólo hay una cuadra de distancia, pudo observar ver que las tres bolas de fuego se transformaban en unos guajolotes muy grandes y tal fue la impresión del petrolero que se desmayó.

A la mañana siguiente, el petrolero, aún impactado por lo que había visto la noche anterior, le contó lo sucedido a su esposa, quien le dijo que en esa calle había un recién nacido. Los dos guardaron silencio, esperando que la madre no olvidara ponerle a su bebé, debajo de la almohada, unas agujas amarradas con hilo rojo formando una cruz o una bolsita roja con ruda adentro para evitar que se lo chuparan las brujas



A horizontal, irregular brushstroke in a vibrant orange color, centered on the page. The stroke has a textured, painterly appearance with some darker and lighter areas.

LA CRIPTA

La cripta

Se dice que una noche, un borracho entró al panteón municipal de Huauchinango, Puebla. Había estado tomando en la cantina El gato negro, misma que se encontraba en la esquina de la calle Matamoros y Santos Degollado. Como el hombre ya llevaba largo rato alcoholizándose se había puesto un tanto necio así que lo sacaron de ahí. Sin tener muy claro a dónde ir, caminó hasta llegar al panteón. Para su mala fortuna, encontró la puerta sin candado, entró y empezó a deambular por las tumbas, pasando encima de unas y sentándose en otras. Mientras estaba ahí, sintió ganas de ir al baño, así que se acercó a la entrada de una cripta para ocultarse detrás de ella. La entrada era una construcción pintada de blanco con puerta de herrería en color negro y, a los costados, dos ventanas que llegaban desde el piso hasta el techo, ambas con la herrería del mismo color y forma que la puerta.

En el momento en que el borracho se disponía hacer lo que el cuerpo le pedía, vio salir de la cripta una figura oscura. No supo si era de hombre o de mujer, solo la vio atravesar las puertas y acercarse a él. El hombre no supo cómo, pero salió corriendo con los pantalones a media pierna por toda la calle Corregidora.

La entrada a la cripta es una de las más antiguas del panteón municipal y se encuentra del lado izquierdo de la entrada principal y cuentan que fue construida entre 1909 y 1910.



A horizontal, irregular brushstroke in a vibrant orange-red color, serving as a background for the title text.

LA LORONA ENTRE LA MILPA

La Llorona entre la milpa

Se dice que en Huauchinango, Puebla, en la calle Santos Degollado, vivía una pareja de ancianos. En su casa, vendían el frijol, chile y elote, que daba su tierra, además de la paja y la cebada que les compraban a los arrieros para revenderla. Por las tardes, después de la escuela, se podía ver a la nieta de la pareja vendiendo junto con su abuelo. Otras veces, se escuchaban las risas de la niña al escabullirse de su abuela para ir al final de la milpa a jugar en la orilla del río Chapultepec. Ella sabía que tenía prohibido ir sola, más cuando empezaba a bajar el sol. En general, cuando se quedaba a dormir con ellos, no la dejaban andar jugando fuera de la casa a esa hora porque tenían miedo de que la Llorona se la llevara.

Como todo lo prohibido y ajena a la Llorona, jugar, hasta muy noche, en el río o correr entre la milpa, bajo las estrellas, era lo que más quería la niña. No obstante, por su seguridad, tenía que conformarse con ir durante el día y solo si su abuela la acompañaba o bien, con quedarse a jugar con sus muñecas, en la casa, hasta que sus padres fueran por ella al salir del trabajo. La hija de los ancianos, junto con su esposo, trabajaba en el centro de bombeo y oficinas de PEMEX, ubicadas en Catalina. Ella como secretaria y él como obrero.

Durante las mañanas de los fines de semana en que la niña se quedaba a dormir con sus abuelos, se encargaba de llevar agua y comida a los caballos y burros. Al terminar, le ayudaba a su abuelo acostándose sobre la paja que él estaba acomodando en el pajar. Después, mientras su abuelo dejaba en la

bodega sacos llenos con lo que venderían en la semana, ella arrastraba unos casi vacíos para ayudarle. De igual manera, ella cargaba ramitas al mismo paso en que su abuelo llevaba grandes trozos de leña. Después, la niña se iba al granero y poco antes de que su abuela empezara a desgranar las mazorcas, la pequeña escogía aquellas que le parecían las más lindas por tener mucho pelo de elote y le pedía que le hiciera muñecas con ellas.

Por las tardes, después de terminar sus labores, los abuelos jugaban con ella, entre la milpa o junto al río, antes de que empezara a oscurecer. Pero, una tarde la niña olvidó una de sus muñecas hecha con elote, cerca del río Chapultepec. Le pidió a su abuela que regresaran por ella, pero como ya había anochecido, se negó. La pequeña se imaginó a su muñeca tirada en la oscuridad, sola y mojada, si el viento la llegaba a lanzar al río o si este crecía y se salía de su cauce. Pensar que su muñeca quedaría destruida le rompió el corazón y con lágrimas en los ojos le suplicó a su abuela que fuera a rescatarla, pero ella, tiernamente, se negó.

La anciana quiso consolar a su nieta explicándole que nada le ocurriría a la muñeca, pero no lo logró y como vio que la niña no se calmaba de esta manera, intentó tranquilizarla prometiéndole tres muñecas más si se dañaba o perdía la que se había quedado en el río, pero la niña no cedía en su petición. La pequeña lloró un rato más, tal vez por capricho, por su juguete o por la tentación de hacer lo prohibido, decidió que se escabulliría de sus abuelos, iría al río a recuperar su muñeca y, ya envalentonada, se quedaría a jugar un rato entre la milpa.

La niña salió de la casa, pasó por la milpa, llegó hasta el río donde estaba su muñeca, la tomó y revisó que estuviera intacta. En eso, empezó un aire que al pasar



por los árboles y las casas no silbaba, sino que gritaba. Los abuelos escucharon el aire y a los animales inquietarse, señales de que la Llorona andaba rondando. Se sintieron tranquilos de estar en casa con su nieta, pero al buscarla con la mirada para confirmarlo se dieron cuenta que no estaba ahí. Registraron la casa con detalle y al no encontrarla salieron a buscarla. El abuelo corrió al pajar y la abuela, segura de que la pequeña había ido por su juguete, corrió al río. Al llegar la encontró sentada a la orilla del río Chapultepec, abrazando su muñeca y la llamó, pero como no le hacía caso fue hasta ella y la cargó.

La anciana entró corriendo a la milpa con la niña en brazos, las hojas del maíz le golpeaban los brazos, el pecho y la cara. Después de haber recorrido un tramo, le empezó a costar mucho trabajo el seguir avanzando. Escuchó cómo detrás de ellas, la Llorona se habría paso, mientras que, a ella, cada vez, se le hacía más estrecho el espacio entre las plantas. Llegó un momento en el que no pudo avanzar más cargando a la pequeña, así que la bajó y con una de sus manos tomó con fuerza el bracito de su nieta y con la otra se abrió camino.

Mientras su esposa se abrió paso por la milpa, él abuelo había buscado a su nieta sin encontrarla, hasta que se dio cuenta de que estaba solo, que había perdido tiempo revisando en los lugares equivocados. Así que corrió a la milpa y vio como la Llorona avanzaba entre el maíz. No podía ver a su esposa ni a su nieta, pero sabía que estaban en la dirección en la que iba el espectro. Con el machete en la mano se abrió paso hasta toparse con ellas, cargó a la niña y corrieron hasta la casa. Entraron y al cerrar la puerta pudieron escuchar como la Llorona se lamentaba por sus hijos.



LA MIRADA PESADA

La mirada pesada

En la calle Galileo Fuentes, vivía un hombre alto con los ojos más negros que un carbón, las cejas largas y tupidas eran del mismo color. Dicen que tenía la mirada pesada, lo que no quiere decir que fuera una mala persona, pero su mirada era tan fuerte que cuando alguien lo visitaba con niños, tenía que limpiarlos con su paliacate rojo. Les hacía una cruz con saliva en la frente y les daba una cachetadita cuando se iban. De no hacerlo, los pequeños se ponían inquietos, llorones y los más sensibles vomitaban. Para la mala fortuna de los padres, esto no paraba hasta que volvían con él para que les hiciera la limpia a los niños.

La mirada pesada no todos la tienen y tampoco se obtiene a voluntad, es un poder que únicamente se consigue por un contacto sobrenatural. Cuentan que el hombre la adquirió cuando era un bebé. En aquel entonces, su madre se levantó, aún cansada, no recordaba haber tenido un mal sueño o que los ronquidos de su esposo fueran más o más fuertes de lo normal, así que no había una razón para su cansancio. Revisó a su bebé, dormía, sabiendo que no se despertaría hasta más tarde, fue a la cocina. Preparó el desayuno, despertó al resto de sus hijos, alistó a los dos más grandes para ir a la escuela, los otros dos aún eran pequeños para asistir. Después que terminaron de comer y de lavarse los dientes los niños se fueron a la escuela y la mujer despidió con un beso a su marido, beso que a ella le causó picor por el bigote de su esposo y a él, cierta pena por incomodarla.

La mujer, lavó los trastes del desayuno y fue a tender las camas, primero, las de los niños y, al final, la de ellos. De esta manera estaría en el cuarto, cuando despertara el bebé. Estaba terminando de tender su cama cuando un ruidito le avisó que el pequeño estaba despierto, lo atendió. Quitó las cobijitas de la cuna, las sacudió, puso sobre la mesa de noche las tijeras que había quitado de debajo de la almohada y acomodó la cuna. Estaba por poner bajo la almohada las tijeras en forma de cruz, que evitaban que las brujas se acercaran a chupar la sangre de su hijo, cuando el grito de uno de sus hijos la asustó. Soltó las tijeras, tomó al bebé y, al salir corriendo, las empujó con el pie bajo la cama.

Uno de sus hijos pequeños se había caído mientras jugaba, abriéndose el labio. El golpe le había dolido tanto, y al ver su sangre se espantó tanto, que soltó el grito y después se puso a llorar. Su hermano, asustado y sin entender qué pasaba, también se soltó a llorar con mucho sentimiento junto a él. Cuando ella llegó, revisó a los dos niños y haciendo maniobras con ellos y el bebé corrió con el doctor. En el camino, intentaba calmarlos, calmarse, y evitar que su bebé se contagiara del sentimiento; aunque, fue imposible: los tres estaban llorando y ella, temblando. Después de un largo rato, los cuatro regresaron a casa: tres con los ojos húmedos como evidencia de que habían llorado mucho, uno de ellos con puntadas en el labio y ella, la cuarta, aun temblando.

Después del incidente y con menos tiempo para terminar sus tareas en el hogar, decidió dejar la limpieza para el siguiente día. Fue al mercado, compró lo que necesitaba para la comida y unos dulces para los niños. Cuando llegó a casa, se apresuró para tener todo listo para cuando sus hijos más grandes y su esposo



La mirada pesada

estuvieran de regreso. Más tarde, la familia comió, les contó del accidente y, después de un rato, cada uno se fue a hacer sus pendientes: los niños a jugar o hacer tarea y su esposo, después de leer el periódico, iría al baño a afeitarse el bigote para ya no molestar a su esposa cuando lo besara.

Ya que había bajado el sol y después de acostar a su bebé, se puso a lavar la ropa. El lavadero estaba fuera de la casa y frente al cuarto donde dormía el recién nacido. Mientras estaba quitando la mancha de un pantalón, escuchó el llanto de su bebé que la sobresaltó. No era el llanto típico de cuando tenía hambre, era un llanto distinto, fuerte, que no paraba, era un llanto de dolor. En eso uno de sus hijos mayores dijo “¿Ya vieron el guajolote que está en el techo? ¡Es enorme!”. Ella miró hacia el tejado, ahí estaba la bruja transformada en guajolote para chuparle la sangre a su hijo.

Corrió al cuarto, al entrar vio que un hilo estaba pegado al cuello del bebé, quién no dejaba de llorar, mientras que el otro extremo salía por la ventana. Quiso romperlo con las manos, pero no pudo, intentó quitárselo a su hijo del cuello, por más que insistió esto no cedió. Trató de arrancarlo de un tirón, pero el pequeño lloró más fuerte. Buscó las tijeras bajo la almohada, y no estaban. Le gritó a su marido que cortara el hilo, para ese momento él ya estaba en la puerta, con la mitad de la cara sin bigote y con la navaja en la mano. Al cortar el hilo empezó a salir sangre de él, se escuchó un grito y el aleteo del animal. Era la bruja que salió volando sin un pedazo de lengua. Quitaron el hilo del cuello del bebé y vieron dos puntos rojos que con el paso de los días se volvieron moretones. Dicen que es así es como aquél hombre obtuvo su mirada pesada cuando era tan solo un bebé.

A horizontal, irregular brushstroke in a vibrant orange-red color, serving as a background for the title text.

LA CUEVA DEL DIABLO

La cueva del Diablo

Se dice que un joven músico quería tocar Huapangos. No solo eso, aspiraba a ser el mejor; pero, no conseguía tocar una nota decente en el violín. Había intentado con todos los maestros de Huauchinango y ninguno había logrado que el instrumento dejara de sonar como si le pisaran la cola a un gato. Todos le habían dicho que hay gente que nace con talento y que hay gente que no, pero que eso no significaba que no fuera bueno para algo, solo habría que descubrir cuál era su talento. Aunque, para alguien como el músico, eso era más un insulto que un consuelo. Pensó que, tal vez, si juntaba el dinero suficiente y se iba a la ciudad podría encontrar un buen maestro. Uno que de verdad le enseñara a tocar, no como los charlatanes que había en el pueblo.

Llegó a su casa y les pidió a sus padres el dinero para irse a vivir a la capital, sin embargo ellos no podían costear algo así. Ya habían hecho muchos sacrificios para comprarle el violín y pagar las clases de música. Le dijeron no, a darle el dinero, pero no a apoyarlo. Así que él debía trabajar para seguir su sueño. El joven no lo tomó de muy buena gana, pero sin otra alternativa empezó a buscar en qué trabajar a la mañana siguiente. Primero, buscó en lugares donde no tuviera que realizar mucho esfuerzo, no por flojera sino por miedo a lastimarse las manos, pero no encontró ninguno. Después, donde necesitara poner un poco más de esfuerzo, pero sin que se vieran en peligro sus delicadas manos. Aunque sin mucha suerte. Al no encontrar un trabajo así,

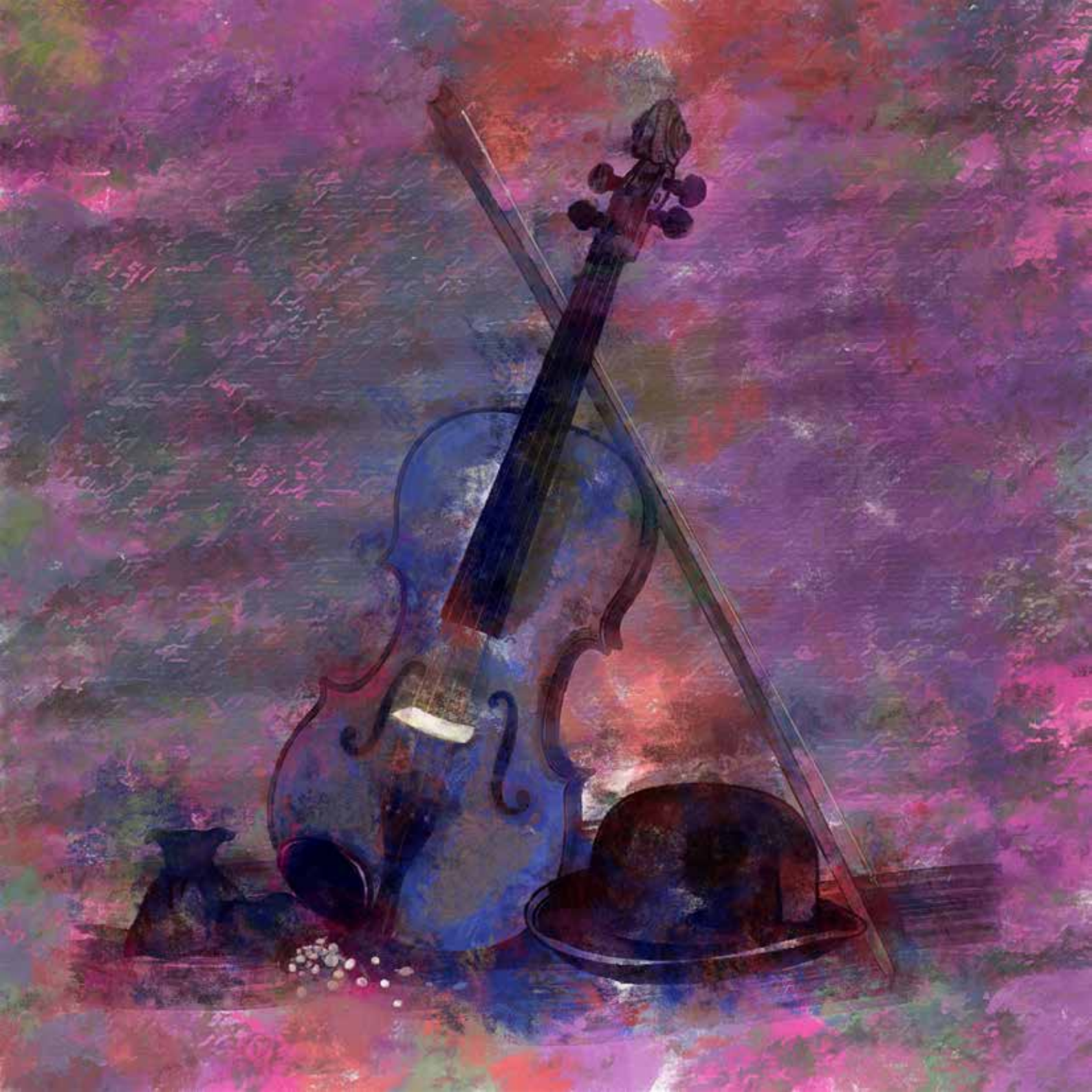
no le quedó más remedio que hacer trabajos pesados: cargar sacos con semillas, poner tejas, trabajar en el campo...

A las pocas semanas, con las manos formando callos y sin mucho dinero, el músico entró a la cantina El gato negro. Después de unos vasos de pulque y viendo sus manos lastimadas, sintió una opresión en el pecho que le sacaba por los ojos todo el líquido que había en su cuerpo. Sin poder parar el llanto, dijo “Vendería mi alma, la vendería si pudiera”. En ese momento, entró a la pulquería un hombre delgado, vestido con un traje muy elegante y con un sombrero de bombín en la cabeza. El extraño se sentó, sin pedir permiso, en la mesa del músico que no lo notó hasta que el hombre le dijo “¿Puedes hacerme un favor, muchacho?”. El músico, desconcertado, alzó la vista y se topó con el bombín que tapaba la cara del hombre, quién se quedó callado unos segundos y volvió a preguntar “¿Puedes hacerme un favor, muchacho?”. El joven se sintió como en un sueño cuando respondió:

—Sí.

— ¡Excelente! Necesito que vayas a recuperar un anillo muy valioso que se me cayó en la cueva más alejada y alta del Zempoala. Si me lo traes, te recompensaré con la paga justa que necesitas.

—Pero... ahora es tarde y...



—Yo no dije que ahora. Tráeme el anillo mañana a media noche y tendrás lo justo por tu esfuerzo.

El músico miró las manos llenas de anillos de oro de aquél extraño hombre, su ropa fina y el reloj de oro que llevaba, pensó que debía ser verdad que le daría un buen dinero. Seguro lo suficiente para irse a la ciudad o por lo menos más de lo que juntaría en meses de trabajo. Sonrió y le dijo al hombre que le llevaría el anillo a la noche siguiente. Él hombre asintió con la cabeza y se fue.

Muy temprano, de madrugada, el joven músico llenó un par de cantimploras con agua, tomó dos panes, los metió a su morral y salió de su casa sin decir nada a sus padres. Tomó el camino que pasaba por la calle donde estaba El gato negro en la esquina, bajó hasta llegar al río Chapultepec, se fue derecho hasta llegar a las albercas. Después, siguió de frente hasta llegar a Piedras Pintadas, subió por un sinuoso camino conocido como Los caracoles, desde ahí siguió hasta llegar a Ocpaco, donde se encontró con tres cruces en la vereda. Más adelante, estaba en la entrada para subir al cerro de Zempoala. Caminó por sendas y entre más arriba llegaba, más estrecho y peligroso era el camino.

Cansado y aletargado por el sol, el músico llegó a la cueva más alejada y alta del Zempoala. Buscó alrededor de la cueva y vio que algo brillaba, era el anillo, tosco, pesado, engarzado con un gran rubí. Tomó el anillo, pensó en quedárselo, pero creyó que en Huauchinango nadie le daría el dinero suficiente por su valor y terminaría malbaratándolo. Además, si el extraño hombre tenía para comprar ese

tipo de joyas, seguramente tendría mucho más dinero en efectivo y tal vez hasta podría ganarse su simpatía, volviéndolo su mecenas.

El joven músico llegó a las doce en punto a El gato negro y se sentó en la misma mesa que la noche anterior. Estaba pensando en tomar un vaso de pulque cuando la voz del hombre lo estremeció:

—Veo que encontraste mi anillo ¡Bravo!

— ¡No oí cuando llegó!

—Vamos, te daré lo justo por tu ayuda —el extraño hombre se levantó—. Sígueme.

Estaban en el lumbral de la pulquería cuando dieron un paso fuera y de pronto ya se encontraban afuera de la cueva del Zempoala. El joven no sabía que estaba pasando, se talló los ojos pensando que estaba soñando o que el calor le había provocado alucinaciones. Sintió que le faltaba el aire, sus piernas no respondían, cayó de rodillas y el golpe fue peor. Vio que el hombre tenía piernas de chivo, sintió un escalofrío que paralizó todo su cuerpo.

El Diablo soltó una carcajada que hizo reaccionar al joven. Estaba el músico de pie y a punto de salir corriendo, cuando el Diablo lo detuvo diciéndole:

— ¿Te vas a ir sin tu justa paga por el favor que me hiciste? Puedes entrar a mi cueva y tomar solo el dinero que necesites ¿Me entiendes?

—Sí —dijo el joven con una diabólica claridad y entró en la cueva.

Dicen que la cueva está llena de oro, joyas y dinero, mucho dinero. También dicen que la avaricia le ganó al joven músico que quedó atrapado en La cueva del Diablo, que es la cueva más alejada y la más alta del Zempoala.



LOS CRISTEROS

Los Cristeros

Se dice que en una barda que se encuentra en el lado derecho del panteón municipal de Huauchinango, Puebla, se pueden ver los hoyos que dejaron las balas cuando fusilaron a los Cristeros capturados en la guerra civil, llamada La Cristiada. Dicen los vecinos que al anochecer se ven las sombras que deambulan por el lugar. Algunos dicen que estas almas en pena recrean cada noche su fusilamiento. Otros, que buscan venganza. Algunos más, que es necesario que alguien rece por ellos para que puedan descansar. También hay quienes dicen que no saben que ya han muerto. En cualquiera que sea el caso, algo en lo que todos coinciden es en que los fantasmas siempre gritan: “¡Viva Cristo Rey!”.



VIVA
CRISTO
REY!
+

A horizontal, irregular brushstroke in a vibrant orange-red color, serving as a background for the title text.

LA CASA DE LA CALE HIDALGO

La casa de la calle Hidalgo

Se dice que cuando se construía la presa de Necaxa, ubicada a diez kilómetros de Huauchinango, Puebla, en 1902, uno de los trabajadores se enamoró de la hija de los dueños de la casa donde se hospedaba. El joven venía de otra comunidad y se quedaba ahí porque sus padres se conocían desde la infancia. Ellos habían nacido y crecido en Huauchinango, pero cuando fueron mayores se fueron a otro lugar. Por eso, cuando su hijo consiguió el trabajo, no dudaron en mandarlo con sus viejos amigos.

Cuando el joven llegó, a la que sería su casa durante el periodo de trabajo, lo recibieron como a uno más de la familia. Lo instalaron en un cuarto modesto, pero acogedor, como lo era toda la casa en general. Durante meses, los días consistían en levantarse muy temprano por la madrugada y alistarse para ir a trabajar en la construcción de la presa en Necaxa. Ahí, cargaba material y hacía mezcla hasta muy tarde. Luego, regresaba a la casa de sus anfitriones, se daba un baño, cenaba y se acostaba a dormir. En sus días de descanso, paseaba por el pueblo; aunque, la mayoría de las veces prefería quedarse en casa para contribuir con las labores del hogar.

Aunque, la verdadera razón era que desde su llegada, la hija de los amigos de sus padres le había parecido encantadora. La joven era tierna, amable y simpática. Siempre que hablaba con ella, la conversación le dejaba

una tranquilidad y alegría adictiva para él. Por eso, esperaba los días de descanso con ansías, para poder pasar tiempo con ella. Así, pasaron los meses: la construcción de la presa avanzaba y el amor que sentía por ella, también. Estaba enamorado y pensaba en casarse con ella, pero no sabía si la joven sentía lo mismo por él. Hablaban, se reían, pero no sentía que ella le demostrara que hubiese algo más y él se detenía por el temor de faltarle al respeto; pero, principalmente, de confirmar que no era correspondido.

Una noche, ya que regresaba de trabajar, cuando la construcción de la presa estaba casi por terminar, decidió que a la mañana siguiente, en su día de descanso, hablaría con ella y, si sentía lo mismo que él, le pediría matrimonio. Sin embargo, cuando llegó a la casa, se encontró con que estaban preparando tamales de alverjón, masa y salsa para molotes, además de mole. Ni siquiera tuvo que preguntar para qué preparaban la comida, en cuanto llegó el padre de la joven le dijo que al otro día irían a pedir la mano de su hija. La joven llevaba varios meses saliendo con un chico de por ahí. Durante la semana, todos los días por la tarde, pasaba por ella para ir al Jardín central, acostumbraban dar un paseo por ahí. Otras veces se sentaban, un rato, a mirar la fuente o el quiosco que ahí se encuentran, ya que los fines de semana no se veían porque él se iba, con sus padres, a vender su mercancía a otro pueblo.

Ante esta situación, el joven trabajador no dijo nada y se fue a su cuarto a pasar una noche muy mala. Antes de que amaneciera, salió de la casa. Anduvo deambulando durante un largo rato hasta que entró a una cantina en donde pasó



CALLE
HIDALGO

todo su día de descanso. Cuando anocheció, no quiso regresar a la casa; ebrio, decidió que mejor se iría caminando hasta la presa y, si llegaba demasiado temprano para trabajar, se dormiría por algún lado. Para no sentir sed por la caminata, se llevó pulque y empezó su recorrido. Sin embargo, el trabajador nunca regresó a la casa. Algunas personas dicen que estaba tan borracho que se cayó de la presa. Otras, que no soportó el dolor por perder a la mujer que amaba y se aventó.

Ya sea por accidente o por decisión, el joven trabajador aún regresa a la casa en la calle Hidalgo, donde, una vez, le dieron alojamiento. En las noches puede oírse cuando entra a la casa, camina al que fue su cuarto y se sienta en la cama. Los que duermen ahí, dicen que sienten un frío tal que ni con veinte cobijas se calma y antes del amanecer escuchan cómo se levanta de la cama y sale de la casa.

A horizontal, irregular brushstroke in a vibrant orange color, serving as a background for the title text.

LA LORONA EN NUEVO NECAXA

La Llorona en Nuevo Necaxa

Nuevo Necaxa está rodeado por los ríos Necaxa, Tenango, entre otros más y dicen que, en los alrededores del municipio, no es difícil escuchar el lamento de la Llorona. Una noche, una joven madre estaba durmiendo junto con su esposo y su hija de cuatro años en el departamento donde vivían, cuando la pequeña empezó a moverse de un lado a otro, hasta despertar a su madre. Al verla tan inquieta, la mujer le preguntó que qué le pasaba. La niña contestó que tenía miedo, pero no sabía el porqué. Así que para tranquilizarla le dijo que ella la cuidaría y que se volviera a dormir.

La pequeña, después de un rato, pudo conciliar el sueño, pero su madre se quedó despierta. La noche había sido silenciosa hasta que el viento empezó a silbar con fuerza, ella se quedó en su cama escuchándolo. Durante un largo rato, creyó escuchar al barrendero, recogiendo las hojas que el viento había tirado. Como había dejado la ventana abierta para que se refrescara un poco el cuarto, se levantó a cerrarla para evitar que entrara por ahí la tierra que levantaba el hombre al hacer su trabajo. Cuando estuvo frente a la ventana, a través de la delgada cortina, no vio al barrendero sino a una mujer vestida de blanco, con cabello largo y negro que iba hacia el Panteón municipal. Fijó la vista en los pies de la mujer y notó que no estaba caminando, iba flotando. De pronto, los perros empezaron a ladrar. Cerró la venta y, como pudo, llegó a la cama, justo en el momento en el que se escuchaba a lo lejos “¡Aaaaaaaayyy, mis hijos!”.

Se dice que cuando se escucha lejos el grito de la Llorona, es que está cerca y cuando se escucha cerca, en realidad, está lejos.





EL DIABLO EN NUEVO NECAXA

El Diablo en Nuevo Necaxa

El jueves siete de septiembre del año 2006, a las doce y media de la tarde, se deslavó el cerro Necaxaltépetl, ubicado en la localidad del mismo nombre. Por lo que esta población junto con Nuevo Necaxa, la cabecera del municipio Juan Galindo en Puebla, al cual pertenecen ambas localidades, quedaron incomunicadas por días, debido al deslave, murieron cuatro personas. Aunque en un principio el gobierno había reportado seis fallecidos, quince heridos y nueve vehículos sepultados. Ante el desastre, las personas de los alrededores fueron a ayudar, estuvieron como voluntarios desde el día en que ocurrió el accidente hasta mucho después cuando se les informó que sus servicios ya no eran necesarios.

Se dice que una noche, cuando uno de los últimos peseros que trasportaba a los voluntarios a Nuevo Necaxa para que no llevaran su vehículo, estaba por regresar de la zona del deslave, un hombre vestido humildemente les pidió que lo llevaran. El conductor observó al hombre, nerviosamente le dijo que no había lugar y cerró la puerta. Los pasajeros no entendían por qué se había negado a llevarlo, algunos le reclamaron, pero el chofer no contestó y salió lo más rápido que pudo del lugar.



Cuando el pesero se fue, otros dos hombres que también eran voluntarios e iban de salida subieron a su camioneta. De igual manera, el hombre vestido humildemente se acercó a ellos para pedirles que lo llevaran y les pareció que dijo algo más, sin embargo, no alcanzaron a escuchar qué era. A pesar de eso, accedieron a llevarlo, así que el hombre se subió en la caja de la camioneta y arrancaron. Al llegar al Jardín central de Necaxa Canaditas, donde dejaban a los voluntarios, se detuvieron para que bajara el hombre, pero él ya no estaba ahí.

Cerca del pesero, que había salido unos minutos antes que ellos, estaban unos voluntarios platicando y cuando los vieron llegar se acercaron.

— ¿Están bien? —Pregunto una voluntaria.

—Es que traíamos a un hombre, pero se ha de haber caído en el camino. Vamos a regresar a buscarlo.

— ¡No! —dijo el chofer— ¿Qué no ven que era el Diablo? Yo no lo subí porque vi que tenía patas de cabra.

Por la noche, los dos hombres soñaron con su diabólico pasajero, quien les decía que si no lo llevaban se caería el cerro de nuevo. Se dice que gracias a ellos ya no se siguió desgajando el cerro y hasta el día de hoy no ha vuelto a pasar un desastre similar.



LA LORONA MODERNA

La Llorona moderna

Se dice que, en Nuevo Necaxa, Puebla, por donde se desfoga la presa de Necaxa, vivía una mujer con sus dos jóvenes hijos y su esposo. Una noche, como a las diez u once, su perro estaba inquieto y corría por el jardín delantero como si buscara algo. Los jóvenes salieron a ver qué era lo que lo ponía así, pero todo les pareció normal. Quisieron jugar con él, distraerlo, pero no les hacía caso. El perro empezó a ladrar, luego los de los vecinos y de un momento a otro el animal se calló, se encogió como si lo hubieran regañado y con la cola entre las patas se fue a esconder.

Los jóvenes iban a buscar a su mascota cuando salió su madre a decirles que ya se metieran a dormir. Si su padre los encontraba afuera cuando llegara de su turno en la hidroeléctrica de Luz y Fuerza del Centro , ubicada en la localidad de La mesa, los castigaría por seguir despiertos hasta esas horas. Los chicos entraron, ella cerró la puerta y, cuando apenas había dado un par de pasos, escuchó que tocaban a la reja que rodeaba la casa. La mujer abrió la puerta principal y vio a una señora muy guapa de cabello largo y negro, vestida con una falda corta de mezclilla, una blusa blanca y unos tacones a juego con su ropa.

—Sí, dígame—dijo la madre de los chicos—.

Bienvenidos a Nvo. Necaxa



—Buenas noches, fíjese que venía a ver si me prestaba a estos jóvenes, sus hijos, para que me acompañen al puente .

— ¿Y eso?

—Es que fíjese que ando buscando a mis hijos. Se salieron desde hace rato y no los encuentro.

—No, ya es muy noche y si su papá los ve afuera los va a regañar.

—Ándele nada más al puente, es que necesito encontrar a mis hijos.

—Como tú quieras mamá. Podemos ir rápido a dejar a la señora —dijo uno de los chicos, a quien no le pareció extraña la petición de aquella mujer. Debido a que casi todos se conocen en Nuevo Necaxa y como ellos fueron educados de buena manera, estaban acostumbrados a ayudar a los demás, pero fue su madre quien no se fio de ella, algo en su instinto maternal se lo decía.

—No, no. No esta tan lejos, usted puede irse rapidito.

— ¿Entonces no les da permiso?

— ¡No! —le respondió a la mujer y cerró la puerta. Al hacerlo, escuchó a lo lejos el llanto sobrecogedor de la Llorona.



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

INPI
INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



México, 2020